

Pedro Barceló

# El siglo más largo de Roma

Una mirada a la vida y la época  
del emperador Constancio II



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Ilustración de cubierta: Busto de Constantino I el Grande, h. 325-370. The Metropolitan Museum of Art, Nueva York.  
© Tarker / Bridgeman / ACI  
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Pedro Barceló, 2022  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-1148-039-0  
Depósito legal: M. 19.268-2022  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 11 Prólogo
- 15 1. Constancio II: un regente subestimado
- 29 2. El reinado de Constantino: entre tradición e innovación
- 53 3. Bajo la influencia del padre: aprendiz de emperador
- 72 4. El legado de Constantino: reorientación
- 82 5. El reparto del poder: el congreso de Viminacio
- 96 6. Tiempo de consolidación: agosto de Oriente
- 109 7. El peso de la tradición: acerca del nexo entre política y religión
- 125 8. En torno a Atanasio de Alejandría
- 146 9. Entre disidencia eclesiástica y política exterior
- 174 10. Victoria sobre los usurpadores: agosto de todo el Imperio.
- 201 11. Turbulencias antioqueñas
- 209 12. Afianzamiento del poder
- 217 13. General y estadista: Constancio II en Occidente.
- 245 14. Bajo los auspicios de Constancio II: el César Juliano
- 258 15. El Imperio y sus vecinos
- 272 16. La usurpación de Juliano: una evolución previsible
- 278 17. Esplendor y nostalgia: Constancio II en Roma
- 290 18. Entre soldados y obispos: consolidación de la región danubiana
- 309 19. La cara oscura del imperialismo romano
- 324 20. Éxitos y reveses: defensa de la frontera oriental
- 338 21. Hacia la unidad de credo: espejismo de la concordia religiosa

- 355 22. Juliano agosto: crónica de una ambición insaciable  
373 23. El *Imperator Christianissimus* como modelo  
391 24. El siglo «más largo» de la era imperial

### Apéndices

- 421 1. En torno a Constantino  
452 2. Génesis del espacio cultural cristiano  
479 3. Disputas teológicas en el siglo v: los concilios  
de Éfeso y Calcedonia
- 493 Bibliografía
- 515 Índice de autores antiguos
- 519 Tabla cronológica
- 523 Notas

*Sebastián Albiol Vidal  
viro optimo, sodali fidelissimo,  
amico carissimo, hunc librum dat, donat,  
dedicat Pedro Barceló auctor.*



# Prólogo

En el prólogo de un libro que publiqué en el año 2013 sobre la evolución cultural del mundo tardoantiguo, el renombrado historiador Peter Brown, uno de los mejores conocedores de la materia, se refiere al siglo IV como uno de los «más largos en la historia de Europa»<sup>1</sup>. Con ello quiere resaltar que la era que media entre los reinados de Constantino y Teodosio es de una intensidad desbordante, llena de innovaciones, eventos trascendentales y cambios dignos de reseñar y analizar a fondo. Comparto plenamente esta convicción, en la que intentaré profundizar a través de las siguientes páginas, a lo largo de las cuales se estudiarán los procesos históricos más relevantes del siglo IV, en cuyo centro se inserta el reinado de Constancio II. Por eso el foco de interés del presente libro oscila en torno a la apreciación histórica que merece dicho emperador.

Pone en su punto de mira el trasfondo sociopolítico de su dilatada regencia y también las cuestiones religiosas más re-

levantes de su época. Quiere prestar la atención debida a un miembro relativamente desconocido, pero no por ello intrascendente, de la casa imperial constantiniana, dinastía que rigió durante tres generaciones los destinos del Estado en una época crucial, caracterizada por un cúmulo de realizaciones políticas, militares y religiosas de vital repercusión para la transformación del mundo antiguo. De forma paralela al hilo biográfico conductor de la obra, se pretenden dilucidar las facetas más significativas del panorama económico y cultural que confieren al quehacer político y a la cambiante sociedad tardorromana sus inconfundibles señas de identidad, al mismo tiempo que sientan las bases del devenir del Imperio Romano en su transición hacia Bizancio y la Edad Media.

Acometer semejante proyecto encierra la dificultad de que, hasta este momento, y al contrario de lo que ha sucedido con su predecesor Constantino o con su sucesor Juliano, no existe ningún compendio monográfico de envergadura sobre Constancio II que pueda servir como punto de partida metodológico, referencia, visión contrastiva o incluso como línea de orientación para el esbozo biográfico que a continuación se pretende diseñar. Al acometer aquí, no obstante, esta arriesgada tarea, soy consciente de las deficiencias inherentes a un trabajo de esta índole que, además, dada la escasez de las fuentes históricas disponibles, nunca podrá alcanzar el deseado grado de entereza y perfección. Pero pese a las lagunas de información a las que hay que enfrentarse a lo largo del empeño, también es evidente que cualquier aproximación histórica, tanto a la época como al casi olvidado regente Constancio II —que fue, a excepción de Augusto, el emperador que gobernó el tramo más largo de tiempo en la historia del Imperio Romano— es



un postulado que pide a gritos ser abordado. Por eso su realización no precisa de ninguna justificación especial.

Me considero especialmente deudor de Wolfgang Hagl, mi antiguo y estimado colaborador, quien ha sido siempre para mí un valioso interlocutor; muchas de sus sugerencias han tomado cuerpo en este libro. Desearía asimismo expresar mi agradecimiento a Christoph Selzer, quien, como responsable de la redacción de Historia de la editorial Klett-Cotta, cuidó de manera ejemplar la publicación de la primera edición del libro en lengua alemana. Esta segunda versión en lengua española no hubiera podido ser realizada sin la desinteresada y valiosísima colaboración de Julián Espada, erudito y tenaz colega, que realizó una primera traducción del texto que posteriormente he podido ampliar y optimizar hasta alcanzar el estado actual. Llegado aquí, debo extender mi reconocimiento al no menos meritorio asesoramiento prestado tanto por Alejandro Cadenas como por David Hernández de la Fuente. Gracias al eficaz apoyo de estos loables colegas ha sido posible culminar la confección de esta aportación al estudio del siglo IV.

Esta primera edición en español no constituye una mera traducción del texto alemán redactado hace casi veinte años, sino que incorpora nuevas ideas y enfoques, aportando además significativas novedades en comparación con la versión anterior. En este sentido, se trata más bien de una obra distinta a pesar de que versa sobre el mismo tema. Introduce matices diferentes, abre en algunos casos perspectivas alternativas en lo referente a la interpretación de las fuentes utilizadas y la valoración de múltiples conceptos históricos, aborda nuevos espacios temáticos, amplía el contenido de los dossiers informativos y, cómo no, también proporciona al lector una bibliografía actualizada.

Igualmente quiero dar las gracias a mis entrañables amigos Sebastián Albiol y Juan José Ferrer por haber hecho posible la conclusión de este proyecto. Su presteza y disposición a colaborar en la publicación de esta obra es digna de alabar. Ambos han leído y revisado con dedicación y precisión, y desde ópticas distintas, el manuscrito antes de que entrara en prensa. Estoy plenamente convencido de que sus correcciones y consejos han contribuido a mejorar tanto la amenidad de la lectura como la calidad del presente libro, de cuyos errores y deficiencias soy yo el único responsable.

Pedro Barceló  
Potsdam-Vinaròs

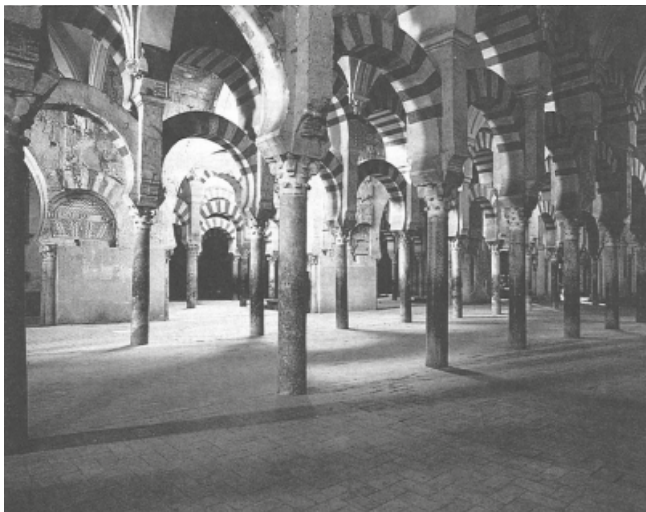
# 1. Constancio II: un regente subestimado

Intentemos adentrarnos en el lejano mundo de unos viajeros provenientes del Oriente del Imperio Romano a finales del siglo IV. Imaginemos que unos nueve siglos después de su propia era resucitaran y visitaran a continuación los países del Mediterráneo occidental. Supongamos, en nuestro periplo imaginario, que llegasen a Córdoba, transitando por el magnífico puente que se tiende sobre el Betis, y que desde allí se encaminaran hacia el extenso patio interior de la mezquita de los Omeyas.

Con toda seguridad se llevarían una gran sorpresa al poner pie en el monumental edificio que tras la Reconquista había sido reconvertido en catedral del culto cristiano. Las líneas arquitectónicas de la imponente obra, así como el tipo de construcción, seguramente les resultarían familiares. Más tarde, sin embargo, al atravesar las extensas hileras de pilares que dominan el excepcional conjunto arquitectónico hasta transformarlo en una suerte de simétrico y fron-

doso bosque compuesto por elegantes columnas de piedra, su curiosidad inicial podría trocarse en confusión e incluso derivar en cierta incertidumbre o irritación.

Imaginémonos también que no hubieran tenido constancia del advenimiento del Islam y, por tanto, no pudieran adivinar la filiación originaria de la espectacular instalación que estaban recorriendo. Probablemente eso los llevaría a pensar que se encontraban en una basílica sobredimensionada con respecto a los usuales parámetros provinciales romanos. La mera falta de la decoración pertinente, así como la carencia de inscripciones que ensalzaran la magnificencia del donante o al titular de la imponente construcción, habrían acentuado, si cabe, su creciente perplejidad.



1. Vista interior de la Mezquita de Córdoba, antiguo lugar de culto musulmán, construido entre 785-990; después de 1236, convertido en catedral; obras de ampliación en el siglo XVI.

La observación de los diferentes elementos estilísticos del interior del edificio les permitiría probablemente, a pesar de las evidentes contradicciones, evocar numerosas asociaciones. Así, podemos intuir que nuestros viajeros encontrarían más gráciles los seculares capiteles corintios correspondientes al antiguo templo pagano que, por ejemplo, las toscas volutas visigodas originarias de la primitiva capilla cristiana del siglo VII. La amplitud del espacio visual, las proporciones del recinto, las arcadas sostenidas por un sinfín de columnas, los refinados efectos ópticos que confieren luminosidad y penumbra al interior, en suma, la fuerza sugestiva y la exorbitante superficie de la construcción les inducirían a sospechar que se encontraban en un recinto palacial o en un lugar sacro de gran relevancia.

En todo caso, nuestro grupo itinerante podría identificar la cruz fijada en un sitio visible como un símbolo cristiano y, con ello, catalogar el edificio como lugar de culto o acaso como majestuosa residencia de alguno de los grandes potentados de la era post-constantiniana adscritos a la nueva fe. Con anterioridad, Augusto el fundador de la monarquía romana, ya había erigido su vivienda en el Palatino en una inseparable relación arquitectónica con el santuario de Apolo, donado por él. La fusión del palacio con el templo ya databa de los comienzos del Imperio Romano, y en este punto muy poco había de cambiar en los tiempos siguientes.

Pero volvamos a nuestros asombrados viajeros: a pesar de algunas incongruencias, a la hora de calibrar la función del edificio, deberían saberse pisando terreno conocido. Ni por un momento habrían creído hollar un santuario de cualquiera de los numerosos dioses del culto tradicional en franca decadencia a lo largo de la segunda mitad del si-

glo IV. Esta conclusión no solo quedaría respaldada por la ausencia de estatuas o símbolos atribuibles a las múltiples deidades del culto pagano que solían ser veneradas en esta clase de templos. La monumentalidad, y también la contundencia que envuelve a todo el espectacular conjunto, les habrían transmitido con seguridad la sensación de que ese grandioso recinto estaba dedicado a una divinidad en concreto, como la que encarnaba el dios de los cristianos, que como dios único no toleraba la sombra de otras divinidades. El hecho de que el edificio hubiese sido erigido en honor de Alá, como denominan los musulmanes a dios según la invocación de su profeta, es cosa que debe anotarse aquí al margen.

Apenas podemos imaginar otro lugar que en su totalidad se revele a la vez tan inequívoco y contradictorio como la mezquita de Córdoba. Precisamente en el contraste que evidencia esta dualidad se manifiesta uno de los fenómenos básicos del sentimiento vital de la Antigüedad tardía. Si quisiéramos encontrar un eslogan para traducir la compleja percepción que la incomparable edificación suscita, podríamos definirla como triunfo de la contradicción en un mundo de la uniformidad, o viceversa. La esencia de esta noción se sigue desprendiendo aún hoy en día del imponente templo construido a orillas del Betis, cuyo mensaje evoca un anuncio, que resulta imposible soslayar, de la verdad incuestionable que proclaman las dos religiones monoteístas implicadas respectivamente en la construcción y reutilización del edificio en cuestión. La fuerza de atracción y capacidad de expresión del conjunto arquitectónico no se ha resentido por ello. Se pueden imaginar otras evoluciones respecto de la utilización del templo excepto una que es decisiva en nuestro planteamiento: un regreso a las raíces, es

decir, a la disposición prístina del recinto (concebido en origen como un lugar de culto pagano que aún proporciona en la actualidad el fundamento para la mezquita-catedral), queda definitivamente descartado en nuestra capacidad de imaginación: la irrupción del monoteísmo se revela en su relación con el politeísmo como baluarte de una transformación cultural irreversible. Es precisamente la atmósfera de exclusividad que envuelve a la mezquita-catedral la más nítida expresión de un sistema de creencias absolutas e indivisibles.

Llegados aquí se imponen límites a nuestra fantasía. Al percatarnos conscientemente de ello nos vemos obligados a rastrear la profunda huella histórica que se remonta hasta la dinastía constantiniana como punto de partida de la transformación religiosa que comienza en el mundo antiguo y que perdurará durante los siglos venideros. Al intentar recuperarla surge el interrogante de por qué y cómo pudieron los seguidores del dios único erradicar una tradición religiosa y cultural milenaria predominante en los siglos anteriores y que dotaba a la sociedad y al Estado de una alta cuota de estabilidad. El intento de explicarnos el desconcierto que experimentan nuestros viajeros de la Antigüedad tardía al caer en la cuenta del dualismo religioso que emana del santuario bético nos conduce así a la búsqueda de respuestas sobre esta crucial cuestión.

Durante el reinado del emperador Constancio II, núcleo central de la presente obra, no solo se consume en rápidos pasos la transición del politeísmo al monoteísmo, sino también la implantación y consolidación del culto al dios cristiano protegido inicialmente por Constantino y secundado por sus sucesores, hacia la consumación de una simbiosis entre la Iglesia y el Estado.

La preferencia religiosa que desde el origen del Imperio de los Césares propagaba periódicamente el emperador de turno servía como resorte para cohesionar un frágil conglomerado político-territorial, a pesar de sus exorbitantes dimensiones, y siempre amenazado por disidencias políticas, sociales y religiosas. En este contexto se inserta la propuesta de Diocleciano al reavivar un esquema teológico de corte tradicional en torno al culto de Júpiter y Hércules con miras a reforzar su proyecto tetrárquico, cuya intención no era otra que estabilizar mediante un programa religioso, comúnmente aceptado, el contestado sistema político del Bajo Imperio.

Con la implantación del cristianismo todo cambia definitivamente. Las relaciones entre cultos incompatibles y el deseo de formular un nuevo soporte ideológico que concilie el área política con las nuevas teologías se convierten en cuestiones de Estado. También se plantea súbitamente la necesidad de unificar las disidencias dogmáticas, surgidas dentro de una Iglesia altamente segmentada, bajo un credo universalmente reconocido. Los sucesores de Constantino se encontrarán con un cúmulo de dificultades inherentes a la naturaleza de la nueva fe (cuestiones disciplinarias, desviaciones teológicas, rivalidades regionales, disidencias entre clérigos, etc.) que impedirá homogeneizar las diferentes posturas dogmáticas que dividían a un crecido número de comunidades cristianas diseminadas por la vasta geografía del Imperio. Aspiraban a una cristiandad unificada en la que todas las tendencias enfrentadas entre sí se pudieran aunar bajo el techo de una sola comunión de culto.

Por este motivo, a partir del reinado de Constantino, el mundo romano se verá inmerso, en el espacio de solo dos generaciones, en un denso proceso de cristianización y teo-



logización del Estado. Sus fundamentos se transformarán de tal manera que no pocos coetáneos, al igual que nuestros viajeros ficticios, vivieron con vertiginosa perplejidad esta sorprendente metamorfosis. ¿Por qué evolucionó el Imperio hacia el monoteísmo desprendiéndose de un bagaje cultural que lo había apadrinado durante siglos? ¿Existían alternativas ante dicha encrucijada?

El hecho de que Constantino decidiera educar a sus hijos en el espíritu de la nueva fe será, visto con posterioridad, decisivo para la futura orientación política y religiosa de la Antigüedad tardía. Su previo acercamiento a Cristo (312, 326) había abonado ya el terreno para la futura evolución, pero serán finalmente las convicciones religiosas de sus sucesores las que convertirán una línea de transmisión histórica en una imparable vía de continuidad que redundará en la consolidación de un Estado cristiano. ¿Qué grado de participación podemos atribuir a Constancio II en el complejo proceso de transformación religiosa del Imperio? Con la intención de encontrar respuestas a este interrogante abordaremos a lo largo de las siguientes páginas un aspecto crucial de la época, en el que se imbrican a la vez la biografía del emperador y las corrientes políticas, intelectuales y espirituales mayoritarias del siglo IV.

Llegados a este punto, se impone advertir al lector sobre la deformación de la perspectiva histórica de la que son responsables las fuentes disponibles. La enorme cantidad de referencias procedentes de los diferentes autores cristianos que constituyen nuestra principal vía de información podría sugerir que gran parte de la vida política y privada de esta época giraba en torno a temas relacionados con la comunidad cristiana. Sin embargo, el presunto protagonismo que parece ejercer dicha doctrina en los avatares políticos

está bastante alejado de la realidad. En la vida cotidiana de la mayoría de la población, el cristianismo desempeñaba un papel secundario. Las seculares tradiciones paganas dominaban el área privada y pública del Imperio, cuya población seguía básicamente siendo fiel a los cultos politeístas. No debemos olvidar que el cristianismo –que a partir del gobierno de Constantino se afianza progresivamente en el seno del Estado y de la sociedad tardorromana– era primordialmente la doctrina preferida de la casa imperial reinante.

Ninguna aproximación científica que intente dilucidar los temas centrales de la era que aquí nos ocupa (política religiosa, engranaje social, desarrollo económico, evolución militar, relaciones exteriores) puede pasar por alto a Constancio II. Su dilatado reinado (337-361) ya le hace acreedor de por sí de una alta cuota de interés para la investigación. El número de trabajos que se refieren a su gobierno es inabarcable. Pero en ellos son mayoritariamente aspectos parciales, en su mayoría relacionados con la historia de la Iglesia, los que han captado la atención de los estudiosos. Falta, ante todo, un enfoque decididamente global que abarque las múltiples facetas del reinado de este emperador<sup>1</sup>. Los motivos de esta laguna historiográfica son variados: la complicada y casi impenetrable naturaleza de las fuentes, el interés unilateral de la investigación por los vaivenes eclesiásticos de su era y, no pocas veces, una infravaloración de la importancia histórica de dicho emperador. Además, la actuación política de Constancio II se vio oscurecida y formalmente aplastada en la posterior reflexión historiográfica por el enorme interés que suscitaron su emblemático antecesor Constantino, al que la tradición eclesiástica otorgará el epíteto de Grande, y su no menos popular y novelesco

sucesor Juliano, que, por su distanciamiento del cristianismo, será posteriormente tildado de apóstata<sup>2</sup>.

Ante estas circunstancias, queda fuera de duda la necesidad de una revisión de la figura de Constancio II que ponga en su punto de mira y de forma imparcial su gestión como titular del trono, evaluando su aportación genuina a la dirección y reforma de un Imperio que se mostraba especialmente amenazado por un sinfín de tensiones externas y problemas internos<sup>3</sup> Precisamente este es el objetivo del presente estudio, que pretende recorrer la trayectoria vital del emperador no solo dando cuenta de la deformación de su memoria por la perspectiva centrada en las figuras de Constantino o Juliano, sino liberándolo asimismo del acoso al que ha sido sometido por parte de los historiadores y teólogos contrarios a sus posicionamientos políticos, ideológicos o doctrinales.

Constancio II ha recibido hasta hoy más críticas que reconocimientos, y su carácter se presenta ostensiblemente en términos negativos o contradictorios. Juicios como el siguiente son bastante frecuentes:

Constancio fue un político de gabinete suspicaz e insidioso, que rodeó a su entorno de un poder muchas veces pernicioso, especialmente a su *praepositus sacri cubiculi*, el eunuco Eusebio; lento en las decisiones, pero inflexible en la resolución cuando ya se había decidido; imbuido de una excesiva conciencia del poder<sup>4</sup>.

Diversos motivos han facilitado la construcción de esta clase de valoraciones críticas. Constancio II no solo debió asumir el legado de un emperador excepcional, cuyas realizaciones representaban una gravosa hipoteca para cualquier sucesor, sino

que también tuvo en su contra a algunas de las más destacadas plumas de su tiempo, cuyos testimonios han perdurado de forma apodíctica hasta hoy. El renombrado Atanasio, Padre de la Iglesia, y el insigne historiador pagano Amiano Marcelino, sus contemporáneos, estaban, por diferentes motivos, enemistados con él, y no desperdiciaron la ocasión de criticar acerbamente su comportamiento y su estilo de gobierno, resaltando sus errores o minimizando sus méritos. Dado que prácticamente todo lo que sabemos sobre Constancio II procede de dichos autores, tratarlo con equidad se revela como una tarea harto difícil. La imagen que ofrecen sus detractores está impregnada de juicios de valor subjetivos y sumamente hostiles, la mayoría de las veces insostenibles, como podremos comprobar a lo largo de este estudio.

Atanasio de Alejandría fue desterrado varias veces de su sede episcopal por Constancio II y por este motivo lo atacó con virulencia. No se puede esperar de él veracidad histórica, objetividad o simplemente un tono ponderado. Como Atanasio lograra posteriormente erigirse en cabeza de la facción episcopal dominante del Imperio, aquellos autores eclesiásticos que se identificaron con él y su postura teológica (como, por ejemplo, Teodoreto) trataron, en consecuencia, a Constancio II con la misma animadversión y rechazo. Parecida incompreensión encontró el emperador en el erudito pagano que, siguiendo a Tácito, nos ha legado la obra histórica fundamental para el conocimiento del siglo IV: Amiano Marcelino fue un ferviente partidario de Juliano. Este, a su vez, originariamente un colaborador subordinado (césar) del augusto Constancio II, se convertirá por su ambición personal en su rival y adversario encarnizado. Además, como en la concepción histórica de Amiano Marcelino Juliano desempeña el papel de emperador modélico,

para ensalzarlo y contrastarlo, Constancio II aparece descrito negativamente, como su polo opuesto<sup>5</sup>.

De estas particularidades se desprende que, tanto las escasas y controvertidas fuentes disponibles como el estado actual de la investigación condicionan notablemente los parámetros interpretativos de la biografía de este discutido emperador. Para confeccionarla sin prejuicios de ninguna índole se tiene que partir, pues, de la complejidad del tema, evaluando críticamente sus líneas de transmisión, así como confirmando o revisando los resultados parciales que derivan del análisis de las diferentes fases de su gestión. A partir de las muchas piezas sueltas que configuran el mosaico histórico de su gobierno, se pretende completar un retrato de su personalidad que lo abarque en todo su empeño y sus contradicciones y que, de forma paralela, analice todas las áreas de su actuación. Para ello hay que situarlo en la línea de continuidad de su predecesor, pero sin incidir en antagonismos estériles. Sus aciertos y sus despropósitos, sus éxitos y sus fracasos deben ser consignados con la mayor neutralidad posible, siendo enjuiciados y medidos con un baremo exento de criterios anacrónicos.

Para acercarnos debidamente a la época de Constancio II se requiere ante todo reconstruir la realidad histórica en la que se inserta su gobierno (capítulo 1). Por ese motivo iniciaremos nuestro relato con el estudio del Imperio creado por Constantino a fin de delimitar el marco de la acción política, religiosa y social de sus sucesores (capítulo 2). Como se verá, los primeros pasos de Constancio II bajo la égida de su padre y mentor no dejan atisbar aún las futuras coordenadas de su gobierno (capítulo 3). Solo el vacío de poder producido por la repentina desaparición de Constantino ofrecerá a Constancio II la oportunidad de acreditar su va-